

CAPITULO XXIV.

Donde se ve cómo Colon deja lo cierto por lo dudoso.



ANTES de asistir á los sucesos que tuvieron lugar cuando llegó Colon al puerto de Santo Domingo; ántes de presenciar la agonía lenta y horrible de aquel gran hombre, vamos á acompañarle en su viaje, para conocer un período de la historia de su vida de los más interesantes, de los más dramáticos.

Le dejamos alejándose de Santo Domingo, después de haber aconsejado á Ovando que no permitiese la salida del puerto á la gran escuadra que iba á conducir á España inmensas riquezas.

No tardó en saber el desastroso fin que habían tenido las embarcaciones por no haber querido escucharle el gobernador de la colonia, y procuró refugiarse para evitar que sus embarcaciones sufrieran la misma suerte.

Al día siguiente de su marcha arreció el temporal, y se perdieron de vista unos á otros.

La carabela de Colon permaneció próxima á la costa, y no sufrió el empuje de las olas.

Pero los capitanes de los otros buques, creyendo más oportuno entregarse á merced de las olas, abandonaron la orilla, salieron á alta mar, y empujados por el vendaval, estuvieron separados algunos días, siendo juguete del huracán y haciendo creer á sus jefes que las embarcaciones se habían perdido.

Bartolomé Colon dió en aquellas circunstancias pruebas de sus grandes talentos náuticos.

Mandaba el buque más endeble y ménos á propósito para resistir el choque de las olas; pero velando noche y día, sin separarse del timon, y dando órdenes en extremo juiciosas, logró ponerse en salvo, y unos ántes, y otros después, llegaron al fin todos los buques á Puerto Hermoso, al Occidente de Santo Domingo.

Todas las naves, excepto la de Colon, sufrieron averías.

Allí supo con profunda admiración el almirante las grandes pérdidas que habían sufrido los reyes de España por el oro que había ido á parar al abismo del mar, y el castigo que la Providencia había impuesto á Bobadilla, á Roldan y á la mayor parte de los que más daño le habían hecho en la isla.

También supo que uno de los pocos buques que se habían salvado, era el que conducía sus bienes á España.

—No en vano he confiado siempre en la Providencia, dijo á su hermano y á su hijo Fernando al referirles lo que acababa de saber.

Habían sufrido mucho durante el último temporal los tripulantes, y para que descansasen y reparasen el desperfecto de las carabelas, permaneció bastantes días en Puerto Hermoso.

Cuando estas causas cesaron, se dió á la vela, y tuvo de nuevo que refugiarse en Jaquemel ó Puerto Brasil, como le llamaban los españoles, para librarse de los efectos de otro récio temporal que le sorprendió en la marcha.

El 14 de Junio, sosegadas las olas, partió el buque de la tierra firme, y fué empujado por las corrientes hasta llegar á unas pequeñas islas de la Jamáica, en las que se detuvo para proveerse de agua.

Después de explorarlas, vieron que carecían de manantia-

les, y tuvieron que abrir pozos en la arena para abastecerse de agua.

El tiempo continuaba en calma, y solo las corrientes impelían á las embarcaciones.

Empujados por esta pequeña fuerza, llegaron al grupo de islas que había llamado Colon diez años ántes los Jardines de la Reina, y al poco tiempo de su llegada comenzó á soplar un viento favorable, gracias al cual tomó el rumbo del Sudoeste, descubriendo el día 30 de Junio una pequeña isla, de encantador aspecto por la variedad y la belleza de su abundante vegetación.

Los árboles que más llamaron la atención del almirante fueron robustos y elevados pinos, por lo cual dió á la isla el nombre de la Isla de los Pinos, aun cuando ha conservado su denominación india de Guanaga, denominación que comprende á las numerosas isletas que hay en torno suyo. (N)

Por orden de Colon desembarcó su hermano Bartolomé con parte de la tripulación, y en dos lanchas fué á visitar la isla.

A pesar de lo acostumbrados que estaban los españoles, y sobre todo el almirante y sus hermanos, á la maravillosa vegetación del Nuevo Mundo, no pudo menos de sorprenderles el aspecto de aquella isla.

Por otra parte, los habitantes de ella, en vez de huir, salían al encuentro de sus huéspedes, les observaban con ansiedad, se mostraban solícitos con ellos, y más que enemigos parecían indiferentes.

Los habitantes de aquella isla se parecían á los de las demás que hasta entonces habían visitado.

Su frente, sin embargo, era más estrecha que la de aquellos.

Bartolomé dirigió algunas preguntas á los isleños, y vien-

do que no la entendían, hizo que los indios intérpretes que llevaba preguntasen lo que quería saber.

Tampoco los indios se entendieron entre sí.

Iba á recurrir al idioma universal, es decir, al de las señas, cuando sorprendió á Bartolomé una gran canoa que se dirigía hácia la costa y parecía llegar de un largo viaje.

La belleza de aquella barca admiró á todos.

Era de una sola pieza, de mucha longitud y de ocho piés de ancha.

En el centro había un camarote formado por hojas de palma como las de las góndolas venecianas.

Iba á bordo de la canoa un cacique con su esposa y sus hijos.

Vogaban veinticinco indios, y la canoa iba cargada de objetos muy curiosos y de productos de varias clases.

Desde bastante léjos descubrieron el cacique y los que le acompañaban las embarcaciones de Colon.

En vez de asustarse ó de tomar una actitud hostil al contemplarlas, poseídos de viva curiosidad se acercaron á la carabela capitana.

Pudo Colon conferenciar por señas con el cacique, y gracias á esto consiguió sin peligro ni esfuerzo alguno examinar los artículos más importantes que producía natural ó artificialmente aquella parte del Nuevo Mundo.

Aquel exámen resultó favorable para los habitantes de la nueva isla, porque al lado de los utensilios y objetos que ya había visto Colon en las demás ciudades indias, había hachas de cobre para cortar madera, no de piedra como las que usaban los otros indios, y espadas de madera con hendiduras en los dos lados de la hoja, y sujetos en ellas con cuerdas de intestinos de pescados, pedazos de pedernal afilados.

Asimismo mostraron al almirante campanillas de cobre y

multitud de bagatelas del mismo metal, y un crisol en el que fundian.

Tambien empleaban el barro, el marfil y la madera para hacer vasos, platos y utensilios de cocina.

Destinaban el algodón á sábanas y mantos bien labrados, y teñidos de varios colores.

Por primera vez vieron los españoles allí el cacao, que los indios empleaban como alimento y como moneda.

Asimismo le dieron á gustar un brebaje que hacian de maíz, y que tenia un sabor muy parecido al de la cerveza.

El almirante eligió algunas muestras de aquellos productos para enviarlos á España, y segun su costumbre, indemnizó á los indios con cascabeles, abalorios y otros dijes de escaso valor.

Lo más extraño es que en presencia de los españoles, á quienes hasta entónces no habian visto, ni expresaban temor ni manifestaban asombro.

—Por fuerza nos acercamos, se decia Colon, á ese país grandioso descrito por Marco Polo.

Se confirmó más y más en la creencia de que la civilizaci6n se hallaba en todo su apogeo al ver que las mujeres usaban grandes mantos de algodón, de colores muy vivos, en los que se envolvian como las moras en sus alquiceles.

Los indios usaban un cinturon con faldetas, síntomas todos de que conocian el pudor.

Gran pena experimentaba el almirante al ver que no podia conversar con ellos á sus anchas.

Hablaban un idioma completamente desconocido, hasta para los intérpretes que llevaba de la Española, y solo podia comunicarse por señas.

Por ellas comprendió Colon que habia al Occidente un país rico, opulento, industrial y magnífico.

Hay arcanos impenetrables.

En aquellos momentos indicaban los indios á Colon la existencia de un país que dejaba muy atrás con su esplendidez las fantásticas descripciones de las grandes ciudades de Oriente, para las que buscaba Colon un camino directo.

El descubrimiento de aquel país, del que le separaban únicamente dos dias de camino, habria recompensado los sacrificios de su vida y consolidado su gloria y su prestigio.

En efecto, los indios de la costa de Honduras le señalaban el derrotero de Yucatan, de México, de los países que más tarde debian llamarse Nueva España.

Pero la Providencia, en sus altos designios, habia reservado la gloria de conquistar aquellas joyas para la corona de España á Hernán Cortés y Francisco Pizarro, y alimentando en Colon el deseo de llegar cuanto ántes al punto que le pintaba como precioso su febril imaginación, renunció á contemplar las maravillas que le indicaban, y continuó el rumbo hácia el Oriente, imaginando llegar al paraje en que la tierra firme se separaria de la costa de Paria por medio de un estrecho, á cuyo fin hallaria las islas que producian especias y los países más ricos y civilizados de la India.

Siguiendo este camino, se proponia hallar el punto en donde los indios le habian indicado que habia oro en gran abundancia.

Todas estas noticias las adquirió el almirante de un indio muy viejo, y que al parecer habia viajado mucho por aquellos mares.

Suplicóle el almirante que fuese en su compañía para guiarle, y despidiéndose del cacique, de su familia y de los demas indios que fueron á saludarle, colmándolos á todos de regalos, abandonó el Guanaga, y á muy poca distancia descubrió el cabo que hoy se llama de Honduras. (Ñ)